

y autónomo. El hombre se agita impulsado por una fuerza desconocida; no es aún consciente de su propia conducta.

Todo cambia a partir de Sócrates: la filosofía toma la dirección moral de la sociedad; y a pesar de la fatalidad que pesa siempre sobre algún punto sobre las cosas humanas, el hombre llega a ser verdaderamente el árbitro y el artesano de su propio destino. La palabra latina *humanitas* para ex-

presar la civilización es excelente: es, en efecto, la humanidad misma que, desprendiéndose de la naturaleza y de las envolturas teocráticas, comienza a desarrollarse libremente con una energía y una conciencia propia que ya no ha de extinguirse jamás, a pesar de algunos desfallecimientos y de ciertos aparentes eclipses.

PAUL GILLET

(Continuará)

Racionalismo y neutralismo

Existe entre los anarquistas una enfermedad funesta. Es la de que al concebir tal o cual teoría u optar por tal o cual procedimiento nos lanzamos decididos a la conquista de los extremos.

Cuando se discute no importa qué, no nos contentamos con exponer, con proponer, sino que hacemos esfuerzos por imponer. Y al hacerlo no nos paramos en chinitas. Nos importa un bledo la argumentación del que con nosotros discute. A menudo no se comprende, pero las más de las veces no se quiere comprender. Llevados por nuestro espíritu exclusivista, opinamos que lo esencial es arrollar, con frase de artificio o con sofismas más o menos audaces, al contrincante. El procedimiento importa poco. Con tal de que se salga airoso en la discusión se inventan mil trapaceos groseros, y con manos de estropajo se sacan al bote los vocablos y los conceptos. Se cambia a voluntad el valor de las palabras y de las ideas. Se discute a trompicones, se apasiona, se hacen esfuerzos supremos por tener razón y cuando no se puede más, cuando no se sabe qué objetar, qué oponer, el menosprecio y la ironía, desastrosamente cultivados, mezcla de insuficiencia y de amor propio, asoma a los labios o cuele de la pluma.

Es lamentable, pero es lo cierto.

Negar lo sería querer embaturrarse disimulando nuestros errores.

* *

Se ha discutido largamente el problema de la enseñanza. Razones y ganas de entenderse hemos visto en una parte; esquivos y batida en retirada en la otra. Se ha discutido y bien pronto se ha dado malos giros a la discusión, a pesar de la insistencia de una parte beligerante por querer colocar los puntos sobre las *ies*. Cuando no se ha sabido qué objetar se ha sacado a relucir la interpretación de las palabras. Cosa que nos importa poco, pues, «raramente los motes expresan con fidelidad nuestro pensamiento».

Lo esencial, a mi juicio, no es la magia de las palabras seductoras, sino saber lo que se esconde tras tal o cual expresión.

De algunos años a esta parte hace enseñoreado muy ufana la palabra *racionalismo*. Después de pasearla por los libros de la filosofía clásica, se ha querido modernizarla y colarla de rondón en la pedagogía. Y así, por su etimología y quizá también por su sonoridad, ha sido adoptada por toda una secta para denominar la especie de enseñanza que ha escogido y para distinguirla de las demás.

La enseñanza religiosa de puro descreditada está. No hablemos, pues,